

Nacido a la sombra de las grandes ciudades como un delicioso fruto de la técnica maquinista, imita el proceso vital u orgánico de creación; y su espíritu de movimiento cubre con un tupido velo de ilusiones el mundo de apretados esfuerzos físicos y acumulaciones humanas en que vive el hombre moderno. Todo acción, proporciona reposo. Procedente de un intenso trabajo colectivo lo disuelve en masa de ilusiones para las salas repletas de espectadores. Invita a la vida y adopta la forma del sueño. Crea personajes de la escena, "estrellas", ¿acaso para compensar la abundancia de socialidad en que estamos sumergidos?

Esto corresponde a la mentalidad moderna en que el Arte no es un intento de solución a problemas vitales, como lo es en la conciencia primitiva; sino arte, pura y exclusivamente; es decir una ilusión que hay que agrandar y espesar, para conseguir con ello el olvido, el reposo en una especie de adormecimiento. De cierta manera, una droga.

A pesar de contrarios deseos, se ve uno obligado a pensar que, hasta hoy, el cine es un disolvente de las potencias más finas del hombre: un ensueño fácil, alegre, ligero; pero el hombre no lo domina, sino que sucumbe al poder extraño y lejano; sus facultades de creación, que nutre la vigilia atenta, se entorpecen en una suave embriaguez y sigue el camino insinuado con un andar de sonámbulo.

El cine podría ser una contraseña para nuevas y más esforzadas hazañas del hombre. Lo es en alguna parte?

ARMAS Y LETRAS. No. 7. Año III.
Monterrey, N. L., julio de 1946.

HIDALGO Y LA PATRIA MEXICANA *

La vida de un mexicano de nuestros días está de tal suerte entretejida con su vivencia patriótica, que experimenta los más remotos acontecimientos de su estirpe dentro de un tono afectivo, por el cual reconoce la solidaridad espiritual de su pueblo y el concilio permanente de estimaciones y propósitos que hacen de verdad el perfil de una Patria. Esto nos ocurre a nosotros los mexicanos y a otros muchos seres en las vastas latitudes del mundo: sólo que tal conciencia social es relativamente contemporánea y no se extiende dos siglos atrás del momento presente. Nadie osaría hablar de una patria griega o romana, y la misma Europa sólo conoce el Reino de Francia o de España mucho tiempo después del Renacimiento. Ni siquiera es tal conciencia, hoy, un privilegio de todos los hombres, como lo atestiguan esos cúmulos de nacionalidades que integran algunos Estados modernos.

Nacer a la vida una entidad espiritual como la Patria, es una suerte de renacer diverso de la pura expulsión de las entrañas maternas; y de manera contraria a ésta, es una especie de ahondamiento, de incorporación y de regreso sobre los orígenes. Es por ello una forma espiritual, antes bien que una recaída en la inercia biológica de nacimientos y muertes. Tal práctica de desprendimiento físico y de inserción del destino individual en un destino más alto, es un viejo anhelo humano que en otrora pareció signo exclusivo de las aspiraciones religiosas, pero que hoy se encuentra participado a otras inquietudes humanas. Su presencia y su fuerza centrípeta en la integración social de la Patria constituye un síntoma de la edad moderna, dentro de la problemática significación de este vocablo.

Los hombres de la llamada modernidad —sobre to-

* Discurso pronunciado por el licenciado Raúl Rangel Frías, el día 30 de julio de 1953, a nombre de la Universidad de Nuevo León

do, los individuos del Siglo XIX— hicieron de la comunidad histórica un proyecto terreno de aquella vocación a la transfiguración celestial prometida por el medievo. Nos dieron por herencia este modo del conocimiento—como hoy aparece a nuestros ojos la imagen de la Patria—, que es una conciencia de la intimidad del grupo, de sus avatares y exultaciones, como hitos de nuestro propio tránsito. Todo mexicano, por poco sentimental que pretenda ser, ha hecho posada de vez en vez, en las estaciones de gloria o de terror que señalan con rastro de sangre, o luz del alba, el itinerario de la Patria.

El conocimiento de nuestra intimidad histórica surge en la conciencia, menos que por una serie de hechos objetivos, en función de nuestra riqueza interior de valores universales. Mientras más ancha y profunda nuestra comprensión de la unidad humana, la presencia de la Patria resulta la más actual e inmediata de sus experiencias, la forma sustantiva de la comunidad universal de los hombres. Raíz afectiva por donde estamos prendidos a la tierra de los antepasados, es impulso a la elevación que procede de un afán universal; y ejercicio que practica cada generación, de procesos creadores y pérdidas irreparables sobre el fondo común de bienes heredados. Tal es el tono y la conciencia de la Patria que nosotros los mexicanos principiamos a datar desde Hidalgo.

Los antecedentes inexcusables de todo hecho histórico pertenecen aquí, donde se trata de un fenómeno de iluminación repentina y cabal como lo fue el grito de la independencia mexicana, a una serie paralela al acto; pero este último, más bien, es el que produce por efecto retroactivo de su puro significado la unidad de los elementos históricos preparatorios. El relato de las peregrinaciones nahoas y de la conquista española adquieren continuidad y relieve, tan sólo, bajo la acción unificadora de aquella conciencia nacional que promueve Hidalgo, en términos de la cual debemos reconocer únicamente a su virtud la calidad de progenitor de México.

Algunos contemporáneos de la independencia mexicana cometieron el yerro de confundir al acto generador de una conciencia nacional, con los efectos útiles y lucrativos de las operaciones militares, que en el caso de Hidalgo fracasaron. La inmediatez del éxito o la eficacia de los medios son buenos criterios para juzgar la bondad de una empresa mercantil. Los conocimientos del arte militar produjeron héroes imprudentes que precipitaron la catástrofe, como Allende o Aldama. El influjo social, la pericia guerrera, la combinación ingeniosa del poder y el ardid, dieron por resultado final a Iturbide, hábil en el golpe de Estado. Otra es la misión de Miguel Hidalgo, de la cual debemos percatarnos la generación actual, a fin de juzgar por cuenta propia al tenor de la sensibilidad que nos brinda nuestra experiencia.

El siglo diecinueve nos legó una imagen del héroe proporcionada a la medida de la época, en sus valoraciones positiva y negativa de la vida. Tras las fulminaciones civiles y eclesiásticas producidas al fragor de la lucha, llegó a la postre la consagración de su figura epónima. Algo del rencor inicial destila aún la ágil pluma de don Lucas Alamán, pero los contemporáneos de la consumación de la Independencia, en general, coinciden en un universal sentimiento de veneración.

La figura de Hidalgo no obstante y a causa de las perspectivas de su tiempo, se esfumó en sus contornos por efecto del colorido paisaje de los héroes del siglo. A pesar de la aversión oficial profesada a Bonaparte, es la figura de éste la representación plástica de los ideales heroicos que celebra aquella edad. Mucho más próximos estarán a este modelo, en América, los nombres de Bolívar o de Morelos que el del propio Hidalgo. El Perfil de los patricios se identifica con la casaca militar y sus méritos se miden por la victoria de los ejércitos que conducen. Por un espejismo de esta índole se llegará con Santa Ana hasta el extravío ciudadano, que prolongará sus efectos en la aventura del Imperio.

Si no fuese por la recordación anual del grito de Dolores, en que el desborde de los sentimientos populares manifiesta el más hondo significado de Hidalgo, habríamos visto palidecer su imagen hasta confundirse con la de un anciano bondadoso, el cual promueve una revolución que se frustra y en la que rinde el tributo de su propia vida. Frente a esta concepción angélica, que fascina a algunos por su vaga dulzura sentimental, otra más cruda se ha propuesto en tiempos recientes. El mural de Orozco que ostenta el Palacio de Guadalajara nos muestra otro Hidalgo más auténtico: una especie de ángel. No es aquel de la anunciación, ni el portador de un mensaje de paz a los hombres de buena voluntad; es el ángel de la cólera del Señor que blande una antorcha de fuego para exterminar a los réprobos.

A igual distancia de las dos imágenes extremas, el material histórico-biográfico del cura de Dolores mantiene su neutra calidad objetiva. Es un mexicano como ya hay muchos en las postrimerías de la Nueva España; participa de los beneficios concedidos al meztizo del siglo XIX y su posición corresponde estrictamente al medio, ni muy arriba ni sumamente baja en las gradas de la escala social.

Su condición de provinciano, acentuada por el nacimiento y los años de infancia rural en la hacienda de San Vicente de Pénjamo, le proporcionan una imagen de la vida mexicana que habrá de ser decisiva para sus determinaciones posteriores, de mucho mayor valor incluso que la literatura social de la Revolución Francesa. Cuando Hidalgo decreta la abolición de la esclavitud o promueve la devolución de las tierras a los pueblos indígenas, no lo hace con fundamento en abstractos principios de igualdad y libertad humanas, sino como consecuencia de su experiencia personal de hombre de campo mexicano. Sabe del amor a la heredad que cultivan las manos y está convencido de la bondad que reside en la expansión de la naturaleza.

Un maestro de filosofía, a quien descontentaba el

método escolástico y en substitución del cual promovía la enseñanza histórico-positiva, no debió ser nunca propicio al mensaje racionalista. Una buena experiencia de la historia y de la organización del trabajo en las haciendas mexicanas, guían su pluma al consagrar las más inmediatas urgencias de emancipación.

Origen y vicisitudes hacen de Hidalgo un hombre resuelto y experimentado. Entretanto Allende o Aldama vacilan a la hora misma en que ha sido denunciada la conspiración y es inminente la aprehensión de todos ellos, asume de propia iniciativa la dirección de los acontecimientos, se lanza a la acción de las armas unida a la inspiración religiosa. Liberta a los reos encarcelados, aprehende a las autoridades, oficia la primera misa de la Independencia y a su paso por Atotonilco iza como bandera el estandarte de la Virgen de Guadalupe.

Hidalgo confía la acción al comportamiento humano, antes bien que a la disciplina o al arte de la guerra. Es más que probable que el final encuentro con las tropas realistas, en el puente de Calderón, hubiese tenido igual desenlace funesto para las armas insurgentes, lo mismo si dirige las operaciones Allende que el propio Generalísimo. No tanto importan los triunfos de las armas para la calificación decisiva de los hechos, sino la dirección general de la revolución, a la cual imprime Hidalgo, desde luego, un impulso popular que hará irresistible tarde o temprano la consumación del propósito. Según su propia expresión, "los autores de semejantes empresas no gozan nunca el fruto de ellas". Ganar en el campo de batalla no debió ser tan importante a su parecer, cuanto llevar a la conciencia de todos la necesidad de la emancipación. Su extraordinaria serenidad en el cadalso y la misma resignación con que aceptó los hechos al ser depuesto del mando, es la actitud del hombre que ha llegado al límite y consumación de su destino.

En esto como en todo lo demás contrasta la actitud de Hidalgo con la de sus compañeros de empresa, los ofi-

ciales de carrera. Mientras éstos aspiran a ganar batallas cuando van de triunfo, sin lograrlo por lo demás, como le ocurrió a Allende en Guanajuato, o tratan de excusar su conducta a la hora de la represión, Hidalgo finca su misión en difundir los símbolos y los lemas de la lucha. Obra como un revolucionario social antes bien que un sublevado de cuartel; y a la hora de la muerte, la afronta con heroica sencillez.

Reprocha Alamán al movimiento iniciado en Dolores la impreparación de ideas, el desorden de los procedimientos y la efusión inútil de sangre. Con virtudes contrarias a estos defectos, sin embargo, el movimiento de consumación de la independencia abrió el cauce al exceso de los pronunciamientos cuartelarios y a la inestabilidad de los gobiernos carentes de arraigo en los más hondos intereses de la vida social.

No pudo verse entonces lo que hoy parece obvio; la formación de una nacionalidad, el nacimiento de una Patria precisa un hondo movimiento de remodelación del pueblo, sobre la misma línea de los orígenes; en tanto que es sumamente precaria cualquier acción que tan sólo corrija la estructura formal de la vida política y deje intactos antagonismos ancestrales.

¿Por qué funda Hidalgo la nacionalidad mexicana sobre el repudio a la conquista española, cuando él y nosotros mismos, somos parte de la sangre hispana? Repulsión y atracción son efectos de la misma fuerza que transporta en ocasiones y en otras mantiene unidas a las cosas. El repudio de Hidalgo procede de la formidable atracción, no patente en rigor, que ejercen nuestros orígenes, los cuales van a parar a Tenochtitlán de un extremo, en tanto que por el otro nos unen a Vasco de Quiroga, Motolinía, Las Casas, Garcés y demás. La repulsión acaba por ser idéntica y costó menos sangre que el contrario impulso de fusión de las razas indígenas y española afirmado por la conquista de Hernán Cortes. Iguales motivos históricos juntan a los hombres en honda solidaridad de des-

tino, aunque por momentos parezca contradicción que unos intenten deshacer lo que otros realizaron.

El motivo fundamental de la vida mexicana aparece desde sus más remotas manifestaciones, en los precarios orígenes tenochcas sobre el lecho lacustre del valle. Es el preludio de una gesta que principia por ser una voluntad heroicamente desesperanzada, la cual rubrica bellamente el final de Cuauhtémoc héroe de obsidiana. Queda de ella la afirmación en piedra del dominio del hombre sobre el flujo de las aguas y la corrupción del pantano.

La conquista española difiere muy apenas, por su violencia y efusión de sangre, del mundo mágico y tenebroso en que se debate el pueblo azteca; y tanto es semejante la una al otro, que costará trabajo a conquistadores y conquistados distinguir la realidad de la fantasía. Acople contradictorio del sueño y la verdad, de donde procederá nuestra tenaz persistencia por lo inesperado y maravilloso.

La acción verdaderamente nueva se ejerce con el poblamiento y la evangelización. Por uno se ensancha la geografía y se mezclan las estirpes, mientras que la otra convoca a la obra común de amor y salvación humanas. Entreambas se disputan la preeminencia y más que correr paralelas, se cortan en cruz sobre la vida y el mapa de la Nueva España. Lo que aleja y aísla es la distancia de la metrópoli y la diversidad del territorio, propicias al provecho del conquistador y a la ruina de los valores indígenas.

Sobre el alma de conquistadores y conquistados obran de consuno, en cambio, doblando sus recíprocos influjos, el mito indígena y la religiosidad castellana, para producir la unidad de espíritu, que por el momento se contradice en la diversidad de las castas y la subyugación de todas a la europea. Como anticipación del mestizaje anímico que define nuestra realidad nacional, van quedando labradas en la madera de los retablos y en las piedras de los templos, las manifestaciones de una fina sensibilidad que si

bien confunde los motivos, uno lo indígena y lo español en igual afán de expresar la belleza.

Para fines del siglo XVIII había llegado este proceso, sin embargo, a su término. El mundo de Vasco de Quiroga, el humilde mundo de barro de los misioneros franciscanos, es ya otro en la compleja estructuración social de la Colonia. Conquistadores y conquistados han desaparecido de la escena política y social y sus verdaderos descendientes son los criollos, los mestizos y los míseros restos de las comunidades de indios. El peninsular ignora y se aparta de la faena creadora, más atento al beneficio personal que a los requerimientos de una transformación inminente.

El genio indígena ha cesado de influir en la obra de arte, llevada a los últimos límites de su expresión formal. El esfuerzo que levantó los muros de la arquitectura, inútil ya el afán creador, se retuerce en volutas y se sobrecarga de adornos ficticios. El churriguera-mexicano es maravilla de artífices hábiles, pero reviste la tristeza de la obra estéril y del acto impotente. La renovación de los estilos producida a fin de siglo, bien en el orden intelectual como en el artístico, engendra un academismo de imitación, correcto y frío, pero incapaz de acoger y representar un original impulso creador.

A todo esto sucede Hidalgo y el movimiento de emancipación iniciado en Dolores. Es un despertar de las fuerzas yacentes bajo la superficie de la conciencia y un sacudimiento entero de la fábrica social. Algo indefinible está por ocurrir y sólo el curso de los acontecimientos posteriores irá precisando su contenido y significación. Al grito inicial que parece dictado por la premura de la decisión, sucederá una conciencia cada vez más lúcida de finalidades y propósitos. Es la independencia mexicana, que se apodera de la vida de Hidalgo para fulminar el letargo colonial con un rayo de luz cegadora.

El héroe mismo habrá de sucumbir bajo la fuerza que impulsa su acción liberadora. Es el hombre que duran-

te años ejerció la cura de almas, en alterna dedicación a las letras y a las artes agrícolas e industriales. Amigo de novedades literarias, gusta de la grata compañía y de la música; piensa, trabaja y reza. Es el mismo que en un instante entrega a la destrucción todo lo que ha edificado con su vida: su oficio, sus libros, sus humanidades teóricas y prácticas. Todo por la urgencia de recuperar para su gente, los engendrados por las fuerzas originales de la historia —pueblo, tierra y sufrimiento en común—, la libertad de la propia creación.

Urgencia que es más efecto de la sensibilidad que pensamiento, y la cual sólo podrá traducirse en inmediato impulso por aquello que constituye su más fiel expresión: el grito de la independencia mexicana. El desafío de una Patria que nace, a un mundo que le dió el ser y niega su destino.

Muere Hidalgo sin alcanzar el éxito de su empresa y antes bien frente al espectáculo de una frustración que parecía irremediable. Final dramático que mueve hoy la memoria y el ánimo de los mexicanos con un sentimiento de dolor, pero que nos avisa y enseña a ser humildes y generosos. El hombre mezquino que un día reprochó al navegante Colón la extravagancia de sus sueños, fue refutado por la existencia de un mundo más allá de lo concedido por la fábula y la leyenda. A todo aquél que piensa a Hidalgo en los términos de un iniciador que fracasa, se puede replicar con la realidad de la patria viva, adicta a su memoria como verdadero padre de la gente mexicana.

Por tanto, la significación de esta fecha de aniversario de su muerte no la podemos conjurar con lamentaciones, protestas o injurias. Sólo la forma más alta de conciencia, por la comprensión y la continuación de su obra histórica en el proceso creador de nuestra vida, hace cobrar al hecho que la memoria reproduce toda la plenitud de su sentido. Nada más cerca de la muerte que el nacimiento.

Si por limitaciones de nuestro ser nada podemos adelantar sobre la bienaventuranza eterna de los hombres; afirmamos, en cambio, con los hechos de este México nuevo que Hidalgo vive una transfiguración postrera a su muerte: en el destino de una Patria cada vez más segura de su propio camino de libertad, amor y trabajo.

SALVADOR TOSCANO EN LA HISTORIA Y EL RECUERDO

Hace dos años murió Salvador Toscano y a tal distancia de su muerte es difícil todavía hablar con perfecta serenidad y cara a cara del hecho incommovible. Creemos hacerlo así no obstante, recurriendo a la memoria de la fecha, de las circunstancias del acontecimiento, pronunciando el nombre y tratando de evocar la imagen del desaparecido. Esfuerzo vano, porque de todos modos y por mucho que apretemos los datos con multiplicada abundancia de referencias, se nos escapa el pensamiento de su vida con su propia muerte. Con estas alusiones afectuosas conseguimos, cuando más, dar asilo familiar a su ausencia, remitiendo ésta a sensaciones, imágenes y recuerdos, para que nos conforte la masa viva de ilusiones que acompañan a nuestra existencia.

Somos familiares de la muerte. Nuestra sensibilidad mexicana está en buena parte asociada a las más variadas escenas en que interviene aquélla; nos gusta, además, recrearnos con la figura que le hemos hecho para descargar en algo corporal un sentimiento que sería de otra manera obsesionante.

Un rasgo sensual y por ende de índole estética, nos inclina a ello más que una actitud reflexiva: las fiestas de difuntos, por una parte; las confituras con motivos macabros, los espectáculos, canciones y hechos de la vida cotidiana, por otra, abundan en referencias pintorescas a la muerte, dramáticas, grotescas, cómicas.

Hay una gran variedad de matices sentimentales de nuestro trato con la muerte, pero lo más notorio entre todo es la multiplicidad de contactos y convivencias con ese sumo hecho de la vida. Más que sentimiento, o pensamiento sobre la muerte, es familiaridad con los muertos, esto es, con los residuos o despojos del ser vivo. Es, pues representación de esqueletos, calaveras, velorios, procesiones funerarias y, cuando menos material, "aparecidos", almas en pena y otras sombras.